

Diamela Eltit

Réplicas

Escritos sobre arte, literatura y política





Seix Barral Biblioteca Breve

Diamela Eltit

Réplicas

Escritos sobre literatura,
arte y política

Con la cultura en la mano*

La escritura literaria llegó hasta el escenario social para dislocar la hegemonía de la letra burocrática. Esa letra-ley que regía la totalidad del contrato social, letra de compra y de venta, letra fundante del nacimiento y certificadora de la muerte, letra rígida. Pero la literatura, con su carga poética, estableció el espacio para densificar los sentidos, para –es un decir– romper el pragmatismo robótico de una letra-ley que ordenaba el transcurso vital en torno al poder y a la sumisión al poder.

El hombre es un animal político, aseguró Aristóteles. Jacques Rancière afirma en el siglo XXI: “el hombre es un animal literario”. Quizás habría que decir que el hombre es un animal político porque es literario y es esa dimensión, la literaria, la que permite los flujos, los movimientos, las desarticulaciones. Pero quisiera volver a Aristóteles y a Rancière, habitantes de dos tiempos tan distantes y, sin embargo, no enteramente distintos. Ellos hablan genéricamente del hombre y, en ese sentido, hay que entender que la cultura efectivamente es genérica. Lo es en tanto contiene discursivamente un solo género inscrito, adherido, hecho uno con la biología hombre. Porque las mujeres no podemos caer en la ingenuidad de pensar que ese genérico que, a su vez es sexo, nos incluye literal o simbólicamente. Lo que quiero enfatizar es que “hombre” (como categoría cultural) es capaz de nombrarlo todo. De esa manera se establece una síntesis dotada de una extrema

* Texto leído en el Primer Congreso Internacional: La experiencia intelectual de la mujer en el siglo XXI. Ciudad de México, marzo, 2011. Versión en inglés “With the Culture in her Hand”. *Literature and Arts of the America* 46. 1 (2013).

rigurosidad política que ordena la apropiación totalitaria de la superficie social.

Entonces, ¿cómo habitar?, ¿cómo ingresar materialmente a los espacios, a cada uno de los espacios de la vida (de lo micro a lo macro) cuando el léxico que asigna y que ordena la materialidad de los espacios de vida ya está pactado? Es posible, entonces, por ejemplo, volver a la Biblia, volver a ese libro fundacional (yo soy atea) para leer su cosmovisión o para pensar de nuevo a un Dios, a un fundador de mundo en un exacto día, ese mismo día en que necesité de “otra” (desde el uno), a esa mujer que iba a emerger como un “desprendimiento” y que iba a constituirse desde la costilla del hombre. Se podría hablar también de una emergencia realizada a un costado del hombre. Una mujer que nacía sorpresivamente, nacía de una manera imposible, una mujer que nació sin madre, nació del cuerpo del hombre pero ausente del trabajo del pene tan presente en el sicoanálisis y convertido en el fallo-rector pensado acuciosamente por Jacques Lacan.

Una mujer-cuerpo, desprendida, una fuga, una costilla menos del hombre, un hueso curvo que generó otra carne. Un nacimiento simbólico que habría que volver a examinar para entender bien la costilla, el costado, la costa, el costo, la costra como el sedimento de una emergencia poética.

Pensar los signos sociales constituye uno de los centros neurálgicos de las tareas literarias. Pero, ¿cómo pensar esos signos y su disposición más allá del pacto social? ¿Cómo pensarlos para realizar una operación productiva en la que, desde el genérico hombre político porque literario, se desprenda la mujer-costilla que piense –se trata de uno de los lugares más interesantes– el costado? Quiero decir, una política para habitar los signos laterales, la ruptura de los límites, el “afuera del hombre” político (después de todo, perdió su costilla), pensar, digo, desde el afuera de la categoría hombre como sexo y como género, los dos uno, sexo y género, para que desde ese afuera se establezca la inserción hacia un adentro social que conforme una comunidad de escrituras sexuadas y genéricas: me refiero al tránsito desde la mujer poética –la

costilla menos— a las mujeres políticas como constructoras de signos para habitar los espacios en comunidad.

Entrar en los signos inevitablemente óseos, duros. Signos costras que permitan que se suspenda parcialmente la hegemonía rutinaria que en que se funda la totalidad de la cultura: la economía de género diseminada en todas sus acepciones. Porque la economía de género del único que “cuenta” —lo digo en los sentidos más múltiples que evoca la palabra— constituye la matriz y el sustento del conjunto de los sistemas sociales. Lo que quiero señalar también en este punto es que en la amplia, pero completamente imbricada, esfera de las economías privilegio de manera estratégica los hilos más concretos del reparto económico, en el sentido de la producción de bienes o de los grandes capitales o, para hablar en términos actuales, examinar cómo opera el reparto al interior del hipercapitalismo en las grandes maquinarias tecnológicas que comercializan la vida, la guerra y el trabajo, entre otras fuentes de nutrición del capital.

Jacques Rancière afirma que habría que pensar la igualdad desde la desigualdad. Así piensa Rancière. Lo hace genéricamente, lo formula como punto de llegada del “hombre literario”. Rancière le adjudica al “hombre literario” lo imprevisible, aquello que le permitiría alterar la monotonía de una ruta pragmática a partir de la huella poética que lo habita. Me pregunto entonces si se acepta esta conceptualización que haría la costilla, la mujer ósea, la mujer literaria.

En la ficción y en el riesgo que porta la actividad de pensar, me atrevo a proponerles aquí, como juego literario, a la mujer costilla. Me interesa (por ahora) debido a su emergencia, me parece atractiva por su hiperfantasioso trazado que hoy puede ser visto como una superlativa narración de ciencia ficción o como un film en tres dimensiones. Pero también como una sofisticada fotografía, una figura que ya contiene en la ficción de su arquitectura los signos poéticos y, desde allí, el trabajo social radica en politizar esas huellas, establecer un nudo certero de signos políticos para emanciparse de su propia estandarización.

Pero habría que pensar más finamente, más radicalmente.

Sigo creyendo que Marx advirtió, con una claridad indiscutible, la alienación como procedimiento de poder y dominación. Por otra parte, su afirmación: “La religión es el opio de los pueblos” fue un seguro y eficaz dispositivo analógico para señalar las formas de apaciguar entre las que se vive y en las que se muere. Pienso ahora en esa afirmación porque el guión literario, dentro de la ficción social adjudicada a la mujer, su centro más opiáceo, ha sido el esencialismo sentimental. Me refiero a la plañidera queja amorosa, la rabia amorosa, el desastre ardiente de la entrega, el arduo trabajo después de la derrota o el descrédito ante una realidad que no correspondía a sus ensoñaciones y, cómo no, la maternidad definida como acto sublime y no como un complejo y múltiple trabajo cultural.

A la mujer como doble invisible, ausente de una política que la respalde, se le ha asignado la tutoría del relato rosa, ese relato que glorifica, aun en su “maldad”, al hombre político; esa ficción femenina que enaltece al hombre literario, ese ser para otro, ese padecer por otro, esas historias de cómo se ligan o desligan de los avatares amorosos son las producciones que el mercado (como cogobernante del Estado) ha validado de manera unánime en sus tiempos culturales. Sin embargo, en el reparto estrictamente literario esas producciones sentimentales no consiguen el mismo valor que alcanza su precio en el mercado.

He escrito alguna vez que, a mi juicio y siguiendo el trazado de Marx: el amor es el opio de las mujeres (me refiero al amor tal cual lo promueven los sistemas culturales). Pienso que es precisamente esa red la que mantiene vigente una forma no demasiado sutil de cautiverio. No corresponde aquí analizar las pautas y los modos de inoculación de ese modelo en los imaginarios femeninos, pues sus tecnologías han sido ya lo suficientemente develadas. Pero sí hay que recalcar que el espacio autorizado para la escritura literaria de las mujeres (especialmente por el mercado y sus tácticas) es aquel que se funda en los estereotipos sentimentales, mayoritariamente heterosexuales; e incluso desde la apropiación de ciertas

“premisas feministas”, esos estereotipos sentimentales se ligan aseudoliberaciones que en realidad solo están allí para confirmar la dominación.

Por supuesto no pretendo aquí “atacar” en el sentido más sibilino, o como se entiende la caricatura de lo femenino, a esas producciones, pero tampoco puedo obviarlas debido a las consistentes tecnologías inoculadas a través del mercado de literatura para mujeres. No obstante, mi interés se centra ahora en relevar la mirada en torno a lo “lateral”, ese lado opaco en que se cursan los signos.

Si entramos en el juego de la mujer costilla, se podría pensar entonces que la mujer poética –porque costilla– emprende su tarea para establecer sus huellas políticas en el arduo trabajo con los signos y sus siempre difíciles dilemas. Pienso ahora en Clarice Lispector y en Rosario Castellanos. Y pienso, claro, en sus políticas.

Ya la novelista brasileña Clarice Lispector trabajó la precariedad como poética y desde allí organizó un estatuto político para su obra. En su libro *La hora de la estrella* puso en evidencia los problemas específicos o técnicos de la novela –la figura del narrador– para retorcer o retocar o resaltar sus presupuestos y, desde ese trabajo poderoso con las estructuras, lo que construyó paradójicamente fue de uno los personajes más vulnerables de la literatura latinoamericana: un personaje dotado de una fragilidad que atravesaba todo su espacio tanto laboral como afectivo. Una fragilidad compleja, autoconsciente, no exenta de ironía y hasta de humor. Después de todo, Estrella, la protagonista del relato, mal pagada y mal pegada con cada una de las estructuras en las que habitaba, en medio de su joven, carente y difícil vida fue atropellada nada menos que por un Mercedes Benz. Sí, un carísimo Mercedes que la mató, arrasándola con sus lujosas e implacables ruedas.

Y no dejo de pensar en Rosario Castellanos, la poderosa e inteligente escritora mexicana, poeta, narradora, ensayista, dramaturga. La pienso porque ahora mismo estoy en su sede natal y la pienso también porque ella advirtió el acceso de la escritura literaria de las mujeres como una tensión, pero con

la escritura misma. Una tensión que sobrepasaba los mandatos sociales y sus castigos. Citó a la hoguera, esa hoguera inquisitorial que funcionó por siglos y en la que ardieron una cantidad innumerable de mujeres condenadas por los tribunales eclesiásticos que, ante el peligro de la inminente decadencia de Dios, manejaron las leyes terrenales apelando al mandato divino. Unos tribunales que, desde el pretexto de la fe o por una fe verdaderamente destructiva y fóbica, se volcaron de manera absorta sobre las mujeres para convertirlas en un campo expiatorio.

Sin embargo, Rosario Castellanos aunque las nombró, desechó las puniciones y las prohibiciones convencionales, más bien el miedo lo depositó en la escritura, porque la definió como una tarea profundamente intensa. Corporal. Pensó la escritura como trabajo incesante, la pensó también como parte de su cuerpo en la medida de que entendió la mano como una extensión de la escritura y, quizás, pensó la adición al cigarrillo como nutrición de su letra.

Su reivindicación conceptual no fue temática sino más bien política, puesto que la posición de Rosario Castellanos resulta especialmente antagónica a la normativa “intuitiva”, que ha sido tradicionalmente adjudicada a las mujeres. En último término, entendió que la escritura no solo portaba una línea de placer sino también un espacio considerable de responsabilidad.

Pienso en Rosario Castellanos como la escritora-costilla que autogeneró un trabajo potente, que pensó restaurar una categoría ausente en nuestra cultura más material, que puso la ampolla como garantía femenina de la mano y de la letra. Pensó la ampolla.

Pensó la mano. Su mano.

Cito: “No, no temí la pira que me consumiría sino el cerillo mal prendido y esta ampolla que entorpece la mano con que escribo”.

Mi intervención será caótica*

Mi intervención será caótica. Pero en medio del conjunto de signos que me rondan quiero, en primer término, felicitar a las organizadoras y organizadores de este encuentro por adoptar una forma múltiple, móvil y participativa. Felicitar a cada uno de los expositores, muchos de ellos queridos amigos y amigas y, desde luego, agradecer a los presentes y de manera muy especial y cariñosa a los estudiantes de Literatura y humanidades por su asistencia y persistencia.

Sé que estamos asediados por el frenesí de una sobreproducción y la sombría sensación de que somos desechables. Sé que la aguda condición neoliberal nos empuja a explotarnos a nosotros mismos en un tiempo despojado de pausas. Sé de la infelicidad, por ejemplo, que oculta el revés del Facebook multitudinario y su robótico y anodino “me gusta”, parapetado en ese otro mundo, el virtual, pero que transa sus valores en la bolsa mundial más concreta gracias al “me gusta”; “me gusta” repetido hasta el infinito en ese dispositivo rígido y serializado que funciona como un simple espejismo del yo, pero que es mercancía pura y sede para ejercer un tipo específico de vigilancia global.

Pero no se trata de renunciar a Facebook, sino de entender su modelo. No se trata de renunciar a nada, en realidad, sino de pensar, como siempre lo han hecho las humanidades, sin ingenuidad alguna, los dispositivos de dominación del mundo en que vivimos. Tampoco quiero imprimir una visión catastrófica, más bien me mueve la idea de seguir trabajando los

* Presentación para el congreso LASA, sesión plenaria- Cono Sur. Pontificia Universidad Católica de Chile. Agosto, 2015.

signos impresos en las ficciones que desde su lugar alocado leen, a su manera, los pormenores de los tiempos.

Efectivamente hoy, en este tiempo globalizado aunque manejado por la línea férrea e intransigente del Fondo Monetario Internacional, el mundo *selfie* ha implantado su poderosa huella al punto de convencernos de que lo que entendemos por “yo” puede ser comprensible y transparente, pero en ese *selfie* primario y, en muchos casos, banal, radica el puntal en el que se funda el neoliberalismo (frente al nosotros, a la comunidad organizada, a la ficción literaria); un *selfie* manipulado como verdad ilusoria y alienante para permanecer. Sin embargo, ya lo sabemos, lo que entendemos por “yo” es una zona siempre móvil que carece de univocidad, o para decirlo en palabras del poeta Rimbaud: “yo es un otro”.

Mi interés se ha centrado desde hace décadas en la literatura y, de manera primordial, en la ficción como práctica y desafío. Pienso en la letra en tanto espacio privilegiado por donde fluyen los sentidos. Comprendo y celebro la condición de la escritura literaria como portadora de diferentes vías de abordaje, sin embargo, en mi caso particular, me han interesado esas zonas marcadas por un cierto nomadismo y menos apegadas a las pedagogías, a los protocolos del mercado y al autor como espectáculo. Ya he señalado que me apasionan los dilemas que plantea la palabra escrita y me moviliza la pulsión por generar una literatura –es un decir– okupa, siempre transitoria, ajena, que ponga en evidencia una tensión tanto con el Estado como con el mercado.

Vemos como el siglo XXI se erige como una era experimental. Lo arcaico y un futurismo de antemano anacrónico coexisten en un aparente caos que puede provocar la ilusión de diversidad. Las actuales involuciones sucesivas del Estado, a favor de la capilaridad del mercado, multiplican las identidades e inoculan subjetividades que cubren y recubren, mediante un barroco de cartón piedra, la falsa existencia de un yo singular y autónomo, que aparentemente decide. La explosividad de las identidades sexuales ya está completamente bajo control por las poderosas maquinarias rutinarias que no cesan de

clasificar como estrategia de apropiación. Clasificaciones y hasta autoclasificaciones alucinantes y que, en el caso de la diversidad sexual, recuerdan los estrictos manuales del siglo XVIII para fijar con rigor científico los cuerpos y sus límites, y desde allí, normarlos. Desde luego hay zonas, espacios lúcidos, pensamientos insobornables, huecos, fisuras, gestos, deseos que marcan por su intensidad, la intensidad de la dominación. Pero el totalitarismo no cesa y se refugia en las estrategias que genera, para así producir, como diría Pierre Bourdieu, un “efecto de verdad” sostenido por mecanismos dotados de elasticidad, porque están manejados de manera flexible por el omnisciente poder: un centro.

Bajo el prisma de una libertad centrada en la veloz abundancia de la hiperproducción, el sistema va capturando los hitos y estilos disidentes para reformularlos o apaciguarlos con una prisa radical, y así devolverlos al mercado como mercancías y artefactos capturados. En ese sentido, frente a la pregunta crítica acerca de las mujeres como habitantes asimétricas del conjunto del aparato social es común que los pensadores culturales reduzcan o nieguen la subordinación y consideren el factor género ya como inexistente, superado o bien como un problema fantasmal que es resuelto mediante retóricas de la necesidad de implementar equilibrios.

Más aun, las mismas mujeres apesadas en la categoría de su categoría se –es un decir– liberan de su subordinación, ya sea mediante el goce del subordinado o bien mediante la negación de sus condiciones, con el fin de limar cualquier aspereza que las pudiera comprometer en un proceso de tensión con el género dominante y, desde ese lugar, con ellas mismas. La condición humana de las mujeres es compleja y muchas veces paradójica. El sistema y sus tecnologías actúan, como ya lo señalara profusamente Michel Foucault, produciendo automáticamente procesos de autodisciplinamiento para así potenciar los usos del tiempo. Para decirlo de otra manera, lo que pretendo señalar es que las mejores aliadas para sostener la desigualdad son las propias mujeres, ya muy colonizadas por el género-sistema que las oprime, y, que, sin

embargo, ellas resguardan. Existen, desde luego, las múltiples, lúcidas y constantes excepciones de mujeres que establecen rupturas y elaboran una ruta vital y discursiva que interroga a la hegemonía.

Y entre los múltiples dilemas sociales siempre me ha convocado el cuerpo, particularmente el cuerpo de las mujeres como producción discursiva. Me ha impresionado el discurso del cuerpo por su notable ambigüedad y su estela de indeterminación y me induce a pensarlo como un espacio inasible, cierto e incierto a la vez. Lo que me interesa indicar aquí es que me parece que el cuerpo, como constructo discursivo, es una zona móvil, siempre en ebullición por la renovación de formas de capturas que provienen de espacios estratégicos por su centralidad, entre ellos: la ley, la religión, la familia, el Estado, el mercado, solo por señalar algunos de los agentes decisivos. En ese sentido, ya sexo y género se han mimetizado y resultan indistinguibles por la incesante proliferación de tecnologías mediante las que se construye el sujeto.

Se puede asegurar que lo femenino y sus modelos de producción son una ficción sin poética, porque a esa ficción se le exige una incesante referencialidad y una decidida inserción en lo real. Hoy, de manera irrefutable, parte importante de lo femenino, aunque continúa bajo la masiva subordinación del Estado, ha aumentado su pertenencia al mercado. El mercado deja caer la fuerza de sus modelos y su penetración usurera sobre los cuerpos sin cuerpos de las mujeres para generar allí los hilos hiperrentables de una batalla interminable para dotarse de un cuerpo delineado de antemano por la imposibilidad. Pero el mercado solo es un agente decisivo, entre otros, que cataliza y actualiza los imperativos fundados en un no cuerpo, que permite los excesos múltiples que se le imponen. Así, lo femenino, en tanto categoría, me parece que funciona como un fantasma activo cuyo rol es diseñar y mantener un cuerpo fuera del cuerpo. Ese otro cuerpo fantasmal –hologramático–suplanta al real –si se puede hablar en esos términos–, pues el real es pura ausencia porque opera de manera solo referencial para ensayar el experimento inacabado de lo femenino. O,

para ejercer, como diría Judith Butler, una performática interminable.

El género y su diseño propician el laberinto y, a la vez, producen su propio Minotauro, en el que se desorientan las mujeres y sucumben a la devoración minotaúrica por parte del sistema, promovida por el otro género –el único– que, como un omnipotente Dios clandestino, nunca las construyó a su imagen y semejanza, sino más bien a su servicio o al servicio de su género lo que, en definitiva, es lo mismo. O quizás habría que decir: al servicio del servicio.

Me interesa el cuerpo en tanto zona, mapa, territorio. He buscado acercarme a esta construcción de manera aleatoria, en el entendido de que me parece una geografía social múltiple, enteramente discursiva, en constante movimiento y siempre en vías de modificación. Un cuerpo que transcurre como mano de obra, objeto libidinal, campo de batalla, zona religiosa, riesgo epidémico, punto de experimentación, botín del mercado, producción de ilegalidad, entre otros experimentos.

Pienso ahora en Marta Brunet, como una de las escritoras chilenas más decisivas y lúcidas de nuestra historia literaria. Con una sorprendente precisión, fundada en su particular estética, compleja y fina, a partir del año 1923 pudo establecer sujetos femeninos resistentes y consistentes, sumidos en una atmósfera inmerecida solo por la condición genérica o, desde otro lugar, en el espacio de la ironía y el juego su obra mostraba el absurdo de esa condición pactada por unos poderes que, a mi juicio, no han cedido ni un tantito.

Recuerdo ahora, no sé por qué, en este texto que escribo, una reunión a la que asistí el año 2014 donde compartí una mesa con Valeria Flores, la brillante pensadora y poeta argentina. En un momento de ese encuentro se hablaba del cuerpo y sus nuevas composiciones, en lo recambiable mediante las nuevas tecnologías médicas, un cuerpo ya pensando por la novela *Frankenstein* escrita por Mary Shelley y cómo en el XXI fascinaba por su sorprendente actualidad. No pude entonces sino recordar ante la audiencia una anécdota: cuando fui a renovar mi licencia de conducir a la Municipalidad de

Ñuñoa, la funcionaria, mientras anotaba mis datos y cumpliendo con sus deberes burocráticos, me preguntó si donaba mis órganos. Le comenté a la audiencia que la pregunta me resultó completamente inesperada, sorprendente, pero, por otra parte, me sentí obligada a decirle que sí, que claro, que por supuesto donaba mis órganos. Recordé, en ese encuentro, que después, mientras me devolvía a mi casa, pensé que era insólito que tuviera una renovada licencia de conducir y a cambio perdiera simbólicamente –es un decir– mis órganos. Pero también señalé que no me habría atrevido a negarme, debido a ciertos rasgos de carácter que tengo. Fue entonces cuando intervino Valeria Flores y dijo algo que me pareció realmente importante y reconocí de inmediato que estaba ante un argumento contundente: ella declaró que mientras no tuviera soberanía sobre su útero jamás le donaría un órgano al sistema. Fue radical. Fue clara y, desde luego, completamente pertinente.

Y precisamente en ese orden, en el de la cultura, de la biopolítica, de los órganos y sus viajes, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que me provocó el “caso” de Samantha Lamb, una ciudadana inglesa que hizo noticia en el fugaz escenario mediático luego que el *Daily Mirror* publicara la situación que experimentaba. Su “caso” fue replicado en una sucinta nota por el diario chileno *El Mercurio*, el 01 de febrero del 2014. Samantha generó interés porque le donó uno de sus riñones a su marido Andy. La enfermedad se desencadenó, según decía la propia Samantha, después de un tiempo de matrimonio que ella definía como feliz. Pero la insuficiencia renal y el malestar de su compañero complicó también la atmósfera conyugal y ella decidió donarle su riñón a su esposo y recuperar no solo la salud perdida, sino además la armonía del hogar. Esta historia de la pareja fue recogida en un documental realizado por la BBC, en relación a los trasplantes. Sin embargo, después de la recuperación, Andy le fue infiel y finalmente abandonó la casa. Frente a este fracaso, la aspiración de Samantha era –nada más ni nada menos– que Andy le devolviera su riñón y señalaba cómo, cada vez que

veía en su cuerpo la cicatriz causada por el trasplante, resurgía el rencor hacia su exmarido. Por otra parte, ella señaló que estaba de acuerdo con la donación, como hecho, y que quería su riñón de vuelta para entregarlo a otra persona.

La situación de la ciudadana inglesa Samantha me parece un escenario posible para pensar las formas de una biopolítica amorosa femenina, que acumula en este presente, regido por la tecnología, los ecos más reconocibles de la abnegación y los deberes conyugales de épocas pasadas. Desde luego, este caso pone de manifiesto no solo la circulación de órganos, sino que además su desplazamiento biológico y transgenérico a través de cuerpos pautados de manera genérica. De esa manera, a través de la reubicación de órganos, se prueba la capacidad fisiológica de recibir partes de un cuerpo de otro sexo sin que esa recepción provoque necesariamente rechazo. Así, cuerpos bio-hombres se re-componen o se re-nutren de cuerpos bio-mujeres sin que sus lógicas orgánicas estallen o sus identidades de género se modifiquen.

Resultaría interesante examinar cómo han procesado síquicamente esas nuevas biología mixtas su condición. Habría que indagar en los procesos quirúrgicos que conducen desde el órgano a generar estas bio-composiciones impensables en otros momentos históricos, más allá de la revolucionaria transfusión sanguínea. Sin embargo, siguiendo esta lógica de hiperproducción médica en las épocas futuras, podríamos presagiar –sin caer en la ciencia-ficción– también nuevas biología reconfiguradas con diversos insumos ya tecnológicos, ya humanos, producidos en laboratorios por diligentes bio-ingenieros.

La ficción *Frankenstein*, escrita por Mary Shelley, no ha cesado de adquirir una extrema actualidad una y otra vez, una y otra porque advirtió, entre otros hallazgos, el cuerpo como un extenso tapiz procesado en los laboratorios y cosido por el ensimismado cirujano. Solo que la actualidad biopolítica, advertida por Michel Foucault, renuncia a lo monstruoso para convertir el collage humano en un milagro de la ciencia. Entonces, habría que entender que, junto con todas las

producciones, también el sujeto debe considerar la donación y circulación de sus órganos como una producción, en muchos casos, final. Quizás habría que ampliar las nociones de medios y modos de producción pensados por Carlos Marx y extenderlas hasta la ingeniería médico-industrial que contempla los órganos como valiosos objetos circulantes –tal como la riqueza– por las superficies sociales.

Como parte del amor –digamos– biopolítico, Samantha, la ciudadana inglesa, le donó su riñón a su esposo para ratificar, con la mediación del quirófano, el vaciamiento y la donación de sí, ya no metafórica sino material, de parte de su cuerpo. Al parecer lo hizo motivada por su nexa conyugal pensado –es un decir– para toda la vida. Dicho de otra manera: ella no le donó su órgano a Andy, asediado por la enfermedad, sino a su esposo; se lo donó en realidad a un vínculo con el que compartía su vida. O, dicho de otra forma, se lo donó a sí misma en él, como comunidad no solo afectiva sino especialmente orgánica. Resulta elocuente que ella, Samantha, no quisiera el riñón de vuelta para sí sino para donarlo a otro enfermo.

Esta donación entonces no está en el marco de la solidaridad sino en la plenitud del discurso amoroso femenino sin cuerpo –digamos– real y la pareja como centro ordenador de su mundo. Más aun, no fue Andy el destinatario simbólico del riñón, sino ella misma en el uno que conformaban ambos y que permitía compartir no solo habitación común sino incluso los órganos. En ese sentido, la donación, en principio, está en el marco del discurso tradicional y en el pasado –muy transitado– de una entrega total femenina sin condiciones. No obstante, la infidelidad y el abandono del hogar por parte del esposo, llevándose junto con el equipo de música y la TV también su riñón, como ella lo señaló en su denuncia, marcó un punto de inflexión. Samantha entonces hizo la petición pública de la devolución de su riñón y puso el órgano como un bien compartido, tal como la TV o el equipo de música. Si entre los bienes se contabilizaran órganos como el riñón, podrían –es una simple conjetura– alterar el sistema jurídico

de la repartición patrimonial cuando hay órganos que transitan de uno a otro de los cónyuges.

Pero, más allá o más acá de la radicalidad de esta situación, su iniciática protesta pública emana de una mujer que, de una u otra manera, está atravesada por una dinámica amorosa femenina signada mayoritariamente por la entrega incondicional y el despecho ante el abandono. Solo que esta vez las cicatrices de sus heridas son muy literales y elocuentes y su entrega abarca los nuevos estadios del cuerpo signados por una industria que rehace los límites y obliga a establecer nuevos presupuestos filosóficos, después de que –como asegurara Nietzsche– Dios ya ha muerto.

El caso Samantha abre, sin lugar a dudas, a una serie de matices y vías analíticas en las que se inscriben los signos actuales. Pero, desde otra perspectiva, su estructura permanece inalterable porque habla de un siquismo que antecede la actualidad de las técnicas y de las tecnologías. Es ese siquismo-género, colonizado por una confusa noción de sí, el que marca la derrota de la mujer en las regiones más preciadas de la trayectoria de su vida. Resulta significativo el alto grado de exposición al riesgo y a la destrucción, y hasta se podría suponer la inoculación de un placer enmascarado por transitar el riesgo y la destrucción que el siquismo femenino porta. Ese siquismo externo a sí y, sin embargo, propio y recurrente, donde ya no se podría pensar en un ser para la muerte, como señalaba Heidegger, sino, en el caso de las mujeres, un no ser para los otros como un mero dispositivo humano-orgánico, cuya pauta cultural está marcada siempre por la línea letal del menos frente al otro.

Samantha entregó su riñón como tributo. Su órgano compatible circuló de manera romántica y de manera abnegada. Pero cuando el riñón se fundió al otro cuerpo, se rompió el hechizo pues, al revés de la bella durmiente, despertó ya no con el beso salvador, sino más bien con la cicatriz de la herida de una terrible confusión que, con seguridad, no cesará nunca de latir o de ladrar en ella.

“Con este cuerpo, con este talle, no tengo envidia ni ruego a nadie”*

“No quiero ser parte de esta mierda, no quiero solamente salir del clóset de las tallas, quiero destruirlo” señala Constanzx Alvarez Castillo autora del interesante y provocador ensayo: *La Cerda Punk: ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, anti-kapitalista & antiespecista*. El libro ingresa de lleno en el tema estratégico del cuerpo y aborda la gordura desde la condición lésbica. Su empeño es revertir los modelos y establecer un discurso de resistencia: “sueño con una manada grasosa de múltiples formas ingobernables”. Un texto producido desde lo local, muy valioso, que transita entre lo experiencial, el manifiesto y el acopio teórico y que resulta iluminador especialmente cuando recorre una cierta historia militante de la gordura feminista. Allí da cuenta de una “posición” ante un panorama regido por la *fatphobia* o “gordofobia” contra las mujeres y releva mecanismos de respuestas al sistema, elaborados desde distintos sitios especialmente desde las blogueras de la *fatosphere*.

Este libro me permite volver sobre un punto central en mis preocupaciones culturales, porque, finalmente, pienso que el cuerpo es una ficción. O, desde otra perspectiva, el cuerpo es nada más ni nada menos que la producción (ficcional) de un conjunto de discursos sociales que lo modelan y lo remodelan a partir de una captura que es totalmente posible pues: “el cuerpo no es”.

Si se observa la historia del cuerpo resulta evidente cómo y en cuánto se piensa y se repiensa por el conjunto de poderes y cómo cada paradigma histórico genera otro cuerpo, uno más. El cuerpo ultra asediado es el de la mujer porque es un

* En The Clinic, 18 de diciembre de 2014.

objetivo político fundamental de dominación y colonización de cada uno de los sistemas. En esa dirección –la de la captura– comparecen una suma de discursos (contradictorios) para generar sumisión, dependencia y desde luego malestar ante la imposibilidad de alcanzar “ese” cuerpo del que se carece.

Hoy, bajo el capitalismo global, el cuerpo es, entre otros imperativos, una sede de negocios: múltiples, incesantes, paradójicos. Como sede de negocios, el sistema se apropia también (en una baja intensidad) del cuerpo de los hombres mediante modelos que resultan rentables y que se fundan en el ámbito de una deseada, estereotipada perfección (liderada por una serie de condiciones entre ellas la industria de las musculaturas).

Sin embargo, el protagonismo de las operaciones político-financieras cae y recae sobre el cuerpo de las mujeres. Cómo no pensar en el mercado de cuerpos y en los cuerpos como mercado. Pero sería errado visualizarlos como mera moda renunciando a los ejes de dominación y subalternidad que posibilitan la intensa inscripción de las modas de los cuerpos, en los cuerpos. Más aun se podría pensar –por qué no– que el sistema genera deliberadamente órdenes contradictorias que apuntan directamente a establecer universos corporales sicotizados para así profundizar la des pertenencia fundada en un abismante vacío. Un vacío localizado en los rictus de un cuerpo marcado por la no comprensión de sí, regido por la extrañeza. Porque el cuerpo es siempre un simulacro. Un holograma. Un no.

Hay que detenerse en los cuerpos actuales. Las intensificadas industrias y los poderes multifocales se han unido con una alucinante complicidad en contra de las mujeres para afirmar que son crónicamente imperfectas y empujarlas así a un ávido e interminable consumo (de cuerpos). Por ejemplo, industrias que practican la borradora de la historia en los rostros, me refiero a la desaparición de marcas, arrugas, dobleces –la industria de las cirugías estéticas y los químicos– para conseguir y diseminar –post químicos y quirófanos– rostros sin historias. O fabricar “volúmenes” siguiendo los modelos

esclavistas de los “atributos corporales” (pechos, traseros, labios) de lo femenino. Entonces, el único cuerpo que hoy cumple con el requisito de la perfección es aquel que se construye en el quirófano mediante el corte y la sangre, la anestesia y el bisturí del cirujano. Así, la mujer incrementa los caudales médicos y enriquece al conjunto de las máquinas represivas que producen lo femenino.

Existe, además, el tejido ultra complejo del hambre y sus imágenes. Si el hambre del cuerpo desnutrido del tiempo de la carencia fue elocuente en la primera parte del siglo XX, un hambre impresa en las costillas, en los huesos torcidos de unas piernas que no podían trasportarse, en la panza desmesurada, plagada de enfermedades, hoy, el hambre en la época de abundancia chatarra y del deshecho, se mantiene intacta. ¿Por qué en la época capitalista (occidental) existen más y más cuerpos hambrientos que no se sacian —es un decir— con nada? No se sacian, generando un cuerpo producido por una industria alimenticia severamente tóxica y adictiva. Pero, sin embargo, más allá de las alertas médicas que presagian una catástrofe para el futuro de la salud local, los cuerpos se engruesan y ahora la gordura ya no es parte de la hermosura, como en el pasado, y, más aun, es considerada la peste endógena del siglo XXI. Solo que esta “peste” es producida y promovida por el conjunto del mismo sistema que (en apariencia) la combate. Un sistema sádico que decide, inoculando una comida adictiva, que el ideal estético se cumpla en cuerpos extremadamente delgados, al borde de lo famélico. Desde luego, en este panorama no es lo mismo un masculino gordo que si esa misma gordura le pertenece a una mujer: hay una distancia social sideral entre ambos.

Más allá de la realidad “real”, se puede entender que todos los cuerpos de las mujeres están simbólicamente sitiados por el hambre y el terror que esa hambre produce. La escritora y feminista marroquí, Fátima Mernissi, señaló que la talla 38 es la burka de las mujeres occidentales. Una afirmación brillante. Pero hay que señalar que la talla 38 tampoco da garantías porque sencillamente ninguna talla calza simbólicamente con

el cuerpo y esos cuerpos talla 38 pueden sentirse, cuando no obesos, sí al borde de la obesidad.

Las máquinas de guerra (hoy se puede hablar con toda propiedad de armas químicas) en contra del cuerpo de las mujeres no se van a detener, como no se detienen las flagrantes discriminaciones incluso en aquellas zonas que están intentado activar nuevas reconfiguraciones culturales. Los discursos públicos en torno a Nicolás y sus dos papás son bastante patéticos si se piensa en términos de igualdad. Y es por eso que no dejo de preguntarme: ¿por qué Nicolás no puede tener dos mamás? Y la respuesta resulta bastante simple: porque no.